

Fernández (¿Recuerda el Sr. Iglesias Calderón los términos de ese discurso, animado de un patriotismo puro y elevado? Si los recordara, no habría hecho la falsa insinuación que contra mí lanzó;) otro, pronunciado, por el Sr. Senador Padilla, con muy atinadas y prudentes observaciones, y uno en que el Sr. Lic. Calero, con pleno conocimiento del asunto, expuso la base y el alcance de la proposición que se discutía, constituyeron la parte substancial del debate. Entre ellos, la alocución del Sr. Senador Domínguez, en los términos que antes presento, y la respuesta atinada del Sr. Senador Calero, constituyeron un incidente extraño al debate y sin el alcance que la imaginación del Sr. Iglesias le da.

Para que se vea el estado de mi espíritu y se conozca la fisonomía de la Cámara al fin de la discusión, voy a citar algunos párrafos del segundo discurso que pronuncié, con las anotaciones puestas por la Secretaría del Senado:

"La Cancillería Mexicana (dije, refiriéndome tanto a la del Gobierno Interino en cuyo nombre hablaba, como a la del Gobierno anterior," que debe ser considerado, afirma, tan patriota como nosotros, en lo que se refiere a la defensa de nuestra dignidad y de nuestros derechos") se ha mantenido a la altura del papel que tradicionalmente le corresponde; lo digo con el mayor orgullo. Es éste un motivo de satisfacción profunda, que nos hace concebir la esperanza más viva de que, a pesar de las dificultades actuales que creemos podrán ser vencidas, llegará un día en que, en medio de luchas legales y divididos en diversos partidos políticos, podamos decir, sin embargo: Hubo un momento en nuestra historia, el más grave, el más trascendental tal vez, en que los mexicanos nos sentimos con un sólo espíritu y con una sola voluntad. (Voces: muy bien.)

"La autorización, Señores Senadores, que dais al Ejecutivo como una muestra de confianza de que sabrá mantener el deseo y la dignidad nacionales, obliga más al que tiene la honra de hablaros, para hacerse digno de ella....

"Debe también el Ejecutivo, aun cuando no lo expreséis así, Señores Senadores, sentirse obligado plenamente, en cada paso, a no dar la autorización sin la solicitud correspondiente y a dar aviso al Senado, también en cada caso, del uso que hiciere de esa autorización. De esta manera la confianza del Senado será bien depositada en el Ejecutivo, y éste sabrá demostrar siempre que se halla a la altura de su misión, una misión llena de amarguras, es

cierto, pero en estos momentos llena también de satisfacciones, al ver que, olvidada toda diferencia política, nos sentimos mexicanos, para conjurar un peligro y evitarlo hábilmente, viendo ante todo por nuestro decoro y por nuestra dignidad. (Aplausos)"

Así terminó mi segundo discurso. Pocos momentos después, acompañado de la Comisión que se había servido nombrar la Cámara, salí de la Sala de Sesiones, animado de los sentimientos que tradujeron las últimas palabras trascritas.

Como antes dije, todos los Senadores, con excepción del Sr. Domínguez, votaron en favor de la proposición presentada.

Sería inútil insistir y comentar: el castillo de naipes levantado laboriosamente por el Sr. Iglesias Calderón, viene a tierra, como todas sus otras construcciones.

Hay al fin de su artículo una insinuación malévolamente que pinta su carácter fielmente. No debo contestarla: el dardo que intentó lanzarme no me alcanza, y, al contrario, se vuelve contra él.

Voy a terminar esta larga carta. No tengo el propósito de seguir una polémica de prensa en las condiciones actuales. He dicho la verdad y así lo estimarán quienes lean estas líneas sin prejuicios. Confío para que este resultado se obtenga, en el inmenso poder del bien, que, suavemente en apariencia y firmemente en el fondo, vence odios y endereza pasiones. Pretendería convencer al Sr. Iglesias Calderón, si él llevara las investigaciones que llama históricas, conforme a la norma que expresa el hermoso consejo de Pascal," con humilde eficacia, en espíritu y en verdad."

Démosle tiempo al Tiempo, que armoniza y coloca en su lugar las innumerables piezas, grandes y chicas, de ese inmenso "puzzle" que se llama la Historia. Hoy están dispersas y fragmentarias, mostrándonos contrastes y oposiciones aparentes; pero la obra del Tiempo se hará, dando a cada cual lo suyo, y haciendo que los que de buena fe luchan por conquistar la verdad, sean a la postre conquistados por ella.

Con esta esperanza, y expresando a V., Señor, mi agradecimiento profundo por la hospitalidad que espero dará a esta carta, aprovecho la ocasión para manifestarle mis sentimientos de consideración muy distinguida.

F. L. DE LA BARRA.

--- TOPICOS DEL DIA ---

Hay signos de buena inteligencia entre el Presidente Wilson y el barbado señor de Cuatro Ciénegas. Esto afirman en San Antonio, los portavoces de la "incautación," guiándose por el espíritu alrevesado que preside todos sus actos. El carranclán, por idiosincrasia dice así, donde la negación se impone. Habla de la luz del sol, cuando no hay un solo punto de luz en la lobreguez de su agujero.

Véase si no.

El peludo señor envía a San Antonio y otras ciudades a sus espiones más distinguidos, para que observen y denuncien los movimientos "reaccionarios." Los detectives americanos de otras épocas, ya no le inspiran confianza. ¿Por qué?.... Porque a las autoridades de Washington ya no les preocupa mucho la estabilidad de "Barbosa" en el puesto usurpado. Y con razón. La cocinera les resultó respondona, y además de esto, un tanto cuanto bellaca y un tanto cuanto desagradecida. Este es un primer signo de buena inteligencia entre el ejecutivo americano y el sátrapa de Jauja.

Pero hay otro todavía más elocuente: Washington tenía en México un comisionado de publicidad, encargado de entorpecer por todos los medios lícitos, la propaganda a la semana, y ese comisionado acaba de ser expulsado del país, bajo la incupación de "extranjero pernicioso."

Y muestras de cordialidad como ésta entre ambos gobiernos, hay a porrillo.

Mr. Wilson y el barbado sujeto que nos ocupa, están, como luego dicen, a partir un piñón.

* * *

Estas no son las cuentas del Gran Capitán, pero tienen cierta similitud con ellas. Los carrancistas tienen su aritmética especial. Cuando derrotaron—teóricamente se entiende—a Caballero, en un lugar llamado "La....," el representante de la "incautación," en Brownsville, informó a su público, que el dicho jefe había escapado, después del descalabro por él sufrido, con una fuerza que no montaba a doscientos hombres. Poco después de rendido este primer informe oficial, los periódicos semi-oficiales de México, hablaron de una segunda batalla habida entre "incautadores" y caballeristas, en la que éstos perdieron más de los 200 hombres que les habían restado en la primera. Y para final, ahora nos dan cuenta, en noticia subrayada con grandes títulos rojos, que los "infidentes tamaulipecos"—como ellos los llaman,—fueron totalmente aniquilados en la plaza de Jiménez, sufriendo pérdidas que se elevan a más de cien hombres.

Solamente hasta aquí y partiendo en nuestros cálculos del primer informe oficial proporcionado por el consulado de Brownsville, ya tenemos un exceso de cien muertos caballeristas, que no se sabe a las claras, de donde han sa-